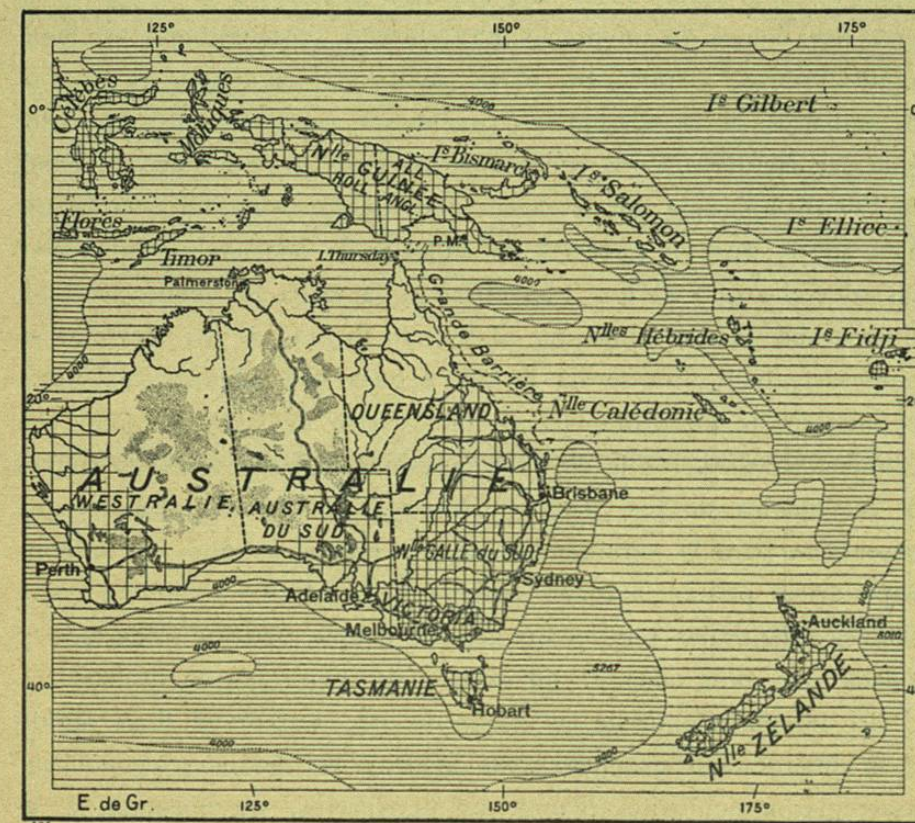


Es natural que toda evolución histórica exceda su objeto: los personajes á quienes los acontecimientos han elevado como protagonistas del cambio, impulsados por la pasión de la idea que les anima, exageran su valor y tratan de hacer de ella una panacea para todos los males presentes y futuros. Pareció bueno y hasta indispensable, durante el período de ansiedad, recurrir á la colaboración de las colonias, y éstas, ganando diariamente en población y en recursos financieros y militares, prometiéronse para el porvenir una ayuda igualmente eficaz contra un poderoso rival, tal como Alemania, Rusia ó la República americana. Más aún: ¿no se podría preparar de antemano esta alianza ofensiva y defensiva en las relaciones comerciales esperando que pueda realizarse en los conflictos militares? Tal es el proyecto que los políticos han concebido y que parece haber seducido á los patriotas más ardientes. Pero esta idea, si hubiera de ser acogida por la Gran Bretaña y sus colonias, ¿no constituiría el más violento retroceso de toda la historia moderna de Inglaterra, una especie de traición hacia un pasado glorioso, el que había colocado á la nación inglesa en situación incomparable entre todas las de la Tierra como campeón de un movimiento de cambio, si no «libre», al menos libertado de muchas trabas y que confiere una especie de apostolado á los continuadores de la obra de Cobden? Verdad es que las colonias inglesas serían utilísimas asociadas en el comercio pan-británico; pero, por importantes que sean, no pueden tener la pretensión de igualar todo el resto del mundo.

Además, la tendencia natural de cada una de las colonias consiste en desarrollar su autonomía conforme á las condiciones especiales que le ha hecho su ambiente particular. La Tierra no se ha vuelto aún tan pequeña por efecto de la penetración mutua de las ideas y de los intereses para que el Canadá, el Cabo y la Australia, que se lanzan impetuosamente adelante en la vida, se sientan verdaderamente unas con su antigua madre de Europa: después de las demostraciones de amistad y de ternura, se prestan nuevamente á la tendencia natural que les inclina á seguir su propia vía, á desprenderse de su generadora. La unidad nacional entre metrópoli y colonias conservará todavía mucho tiempo su carácter religioso y tradicional, pero nada les impedirá afirmarse en manifestaciones di-

vergentes. Ya ha cambiado todo, y, cuando se ha atravesado el Atlántico ó el Pacífico, se reconoce fácilmente que «las Nuevas Inglaterras» apenas se parecen á la antigua.

N.º 526. Densidad de población de la Australasia.



1 : 60 000 000  
0 1000 2000 3000 Kil.

La densidad de población es casi inversamente proporcional á la dimensión de los cuadrados que cubren los territorios habitados; es decir, cada cuadrado representa de doce á quince mil habitantes.

La denominación Australasia comprende la Australia, la Nueva Zelanda, las islas Fidji, la Papuasias inglesa y las islas intermedias.

P. M. en Papuasias — Port-Moresby. Véase pag. 46.

Tomemos Australia como ejemplo; Australia, cuyo primer destino fué el de simple exutorio de las cárceles del Reino Unido. Cuando se hizo evidente que aquel lugar de deportación se convertiría también en una colonia de población, la aristocracia inglesa, que hacía entonces la ley en el Parlamento británico, imaginó toda una



sabia diplomacia para que la New South Wales (Nueva Gales del Sud), la única colonia constituida en Estado en aquella época, quedase, como la madre patria, dividida en grandes territorios de los que los trabajadores agrícolas no podrían jamás ser propietarios. Comenzó por hacer votar una ley que prohibiera la venta de la tierra por menos de un precio muy elevado, innaccesible á los inmigrantes pobres, y por otra parte, se fijó un máximo de salario. Sin embargo, si la compra del suelo era prohibida al proletario, debía ser facilitada á los concesionarios ricos y, para éstos, la compra fué reemplazada por licencias que les concedían el derecho de pasto sobre espacios enormes, de miles y de docenas de mil hectáreas, derecho que el uso transformó á la larga en feudo señorial. Se esperaba de ese modo que el trabajo forzado de los convictos se conservaría bajo otra forma y que peones mal pagados, excluidos del número de los propietarios, continuarían de siglo en siglo una apropiación análoga á la de los campesinos ingleses sobre las tierras no enajenables de los feudos. Además, el régimen feudal debía conservarse para la servidumbre de los indígenas, que los colonos propietarios podían hacerse «asignar», es decir, atribuirse como esclavos temporales por medio de una simple petición redactada y firmada por ellos mismos, sin examen ni comprobación judicial<sup>1</sup>.

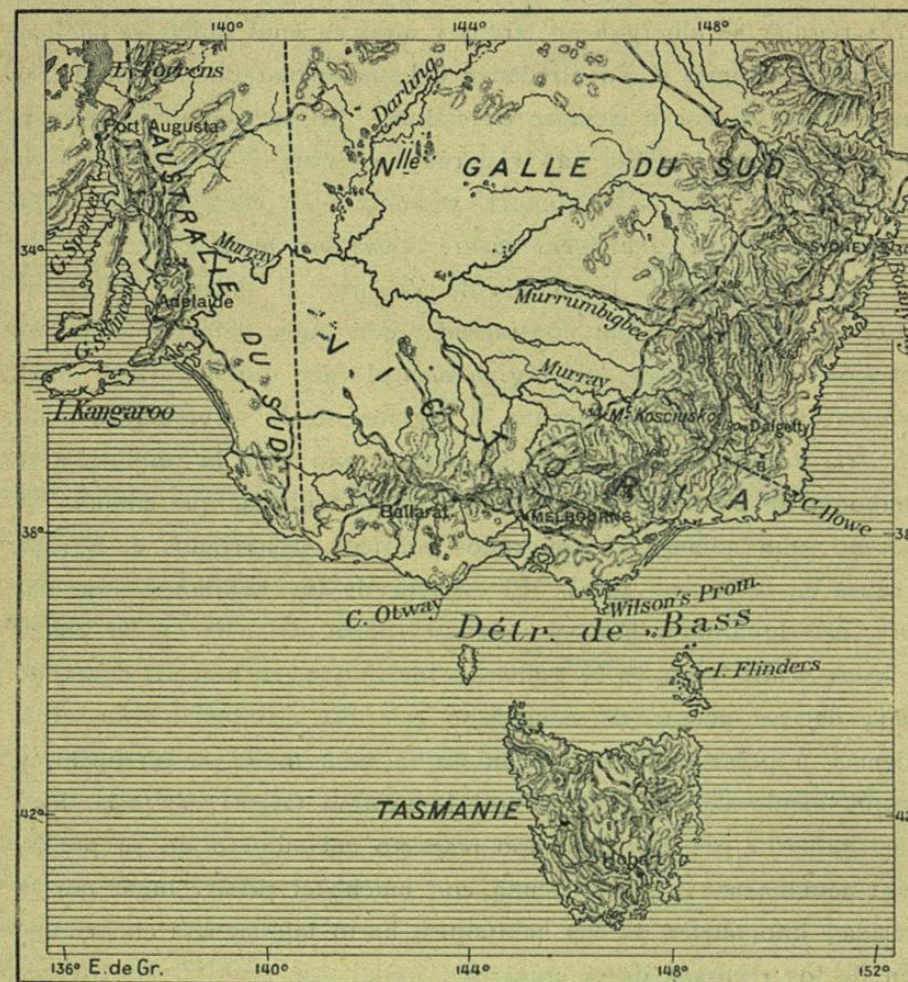
El descubrimiento de las minas de oro, después el flujo rápido de la inmigración europea y de bruscas revoluciones económicas desarreglaron tan bellos planes, sin derribarlos, no obstante, y, al menos, la aristocracia territorial obtuvo el resultado de que no exista clase campesina en Australia. Tampoco hay hortelanos, si no es alrededor de las ciudades, donde algunos Chinos producen legumbres para el consumo local, y en el Estado de Victoria, donde los suburbios de Melbourne se han convertido en una gran huerta.

Ese régimen de la propiedad en las tierras de Australia es una de las razones por que la población se ha hecho casi exclusivamente urbana: hay ciudad, como la de Melbourne, que contiene cerca de la mitad de todos los habitantes de la colonia de que es capital. Pero si los grandes propietarios de Australia han conseguido con-

<sup>1</sup> J. B. Gribble, *Pall-Mall Gazette*, 5 Agosto 1886.

servar el pleno dominio del territorio y prohibirle á los trabajadores como domicilio permanente, éstos, esquiladores de ovejas y

N.º 527. Desde Adelaida á Sydney.



1 : 12 000 000

0 100 300 600 Kil.

Según los términos del acta de unión (1901), la capital de la Federación australiana debe hallarse sobre el territorio de la Nueva Gales del Sud, en la proximidad de la frontera de Victoria. Después de haber rechazado Tumut (T.) y Bomballo (B.), la elección de los Estados ha recaído en Dalgety. Provisionalmente la residencia del gobierno federado es Melbourne.

otros, deben á su género de vida costumbres casi comunistas, que, en una lucha social, podrían darles una fuerza irresistible contra los



especuladores sobre el trabajo. Obligados en la temporada del esquila a salir de las ciudades en multitudes y a viajar rápidamente hacia los pastos lejanos, han debido asociarse para asegurar en el camino el suministro de víveres. En el sitio mismo de su tarea regular se albergan en largas y altas cabañas donde se cuelgan tres filas de camas como alrededor del entrepuente de un buque, y sus comidas se hacen siempre en común. No se sientan jamás a la mesa sin mirar si afuera hay viajeros a la vista y al alcance de la voz para participar de la comida, y aunque no vean a nadie dicen en alta voz: «*Any travellers about? Come on, mates*»<sup>1</sup>.

Los habitantes de la colonia de Victoria, al sudeste del continente australiano, se han considerado, con buen derecho, como en posesión de un rango sociológico más elevado que los otros inmigrantes de la Australia, porque el régimen de la servidumbre penitenciaria apenas había tocado al país, y casi toda la población se componía de buscadores de oro, llenos de audacia, que contaba en su seno gran número de emigrados políticos, desterrados de Europa a causa de su mismo ideal. El espíritu de los habitantes era más libre, más igualitario que en toda otra parte del país, y su efecto se hacía sentir hasta en el gobierno local, que, en muchos casos, no temía dejarse acusar de socialismo por los economistas sensatos. Además, a pesar de la escasa extensión relativa de su territorio, y aunque medio siglo más joven que la «Nueva Gales», Victoria llegó a ser superior por cierto tiempo respecto del número de su población: actualmente Victoria ocupa con mucho el primer lugar por la densidad kilométrica de sus habitantes, hartamente mínima aún en proporción de los recursos de la comarca.

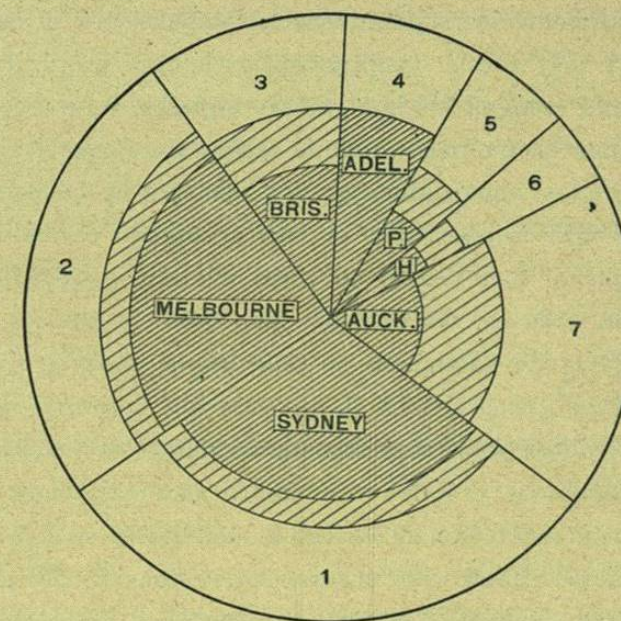
El aumento del pueblo australiano se hace con cierta lentitud, por muchas causas. Ante todo, la población obrera, velando con interés sobre el mercado del trabajo, ha logrado la adopción de leyes que ponen tales trabas a la admisión, siquiera sea temporal, de recién llegados, que ningún inmigrante puede ser aceptado sin la complacencia del oficial que preside al examen de los que llegan. Una condición, por ejemplo, es escribir al dictado cincuenta pala-

<sup>1</sup> J. A. Andrews, *Humanité Nouvelle*, Agosto 1898. — «¿ Hay alguien por aquí, cerca? A la mesa, compañeros.»

bras en una lengua cualquiera extranjera, escogida por la autoridad. Para el blanco, la arbitrariedad decide de su desembarco o de su regreso; para el amarillo, la prohibición es absoluta. Los extranjeros, domiciliados bajo el antiguo régimen de tolerancia, son mal vistos y suelen desanimarse, y, por último, fieles a la idea, esencialmente errónea, de que cuantos menos habitantes haya más fácil es ganarse la vida, el blanco del nuevo mundo austral comienza a adoptar las costumbres de prudencia neomaltusiana.

Sin embargo la población no puede menos de formarse donde quiera que se hagan nuevas excitaciones al trabajo del hombre, donde la red de vías férreas penetrando a lo lejos en el interior, facilite el nacimiento de ciudades. La unión

de todos los Estados en una sola república necesita ya la construcción de dos vías transcontinentales, una que reúna las mil ramificaciones del Este a las líneas mucho menos numerosas de la Australia del Oeste (Westralia), que bordea el Océano Indico; otra que atraviese el continente, del Sud al Norte, desde Adelaida a Palmerston<sup>1</sup>. Aunque sólo fuera para ocupar las estaciones y los puestos telegráficos de



COLONIAS DE AUSTRALASIA

POBLACIÓN DE LAS CIUDADES Y DE LOS CAMPOS

El rayado estrecho corresponde a la población principal de cada colonia; el ancho, a las ciudades de segundo orden; el blanco, a los campos.

1. — Nueva Gales del Sud. — 2. Victoria. — 3. Queensland. — 4. Australia del Sud. — 5. Australia Occidental. — 6. Tasmania. — 7. Nueva Zelanda.

Bris. = Brisbane. — Adel. = Adelaida. — P. = Perth. — H. = Hobart-Town. — Auck. = Auckland.

<sup>1</sup> Véase el mapa n.º 526, pág. 41.



esas vías férreas se necesita el aumento de la población, y por árida que sea la mayor parte del suelo australiano, las tierras laborables bastarían para satisfacer todavía millones de hombres, siendo verdaderamente extraño que los Australianos pongan tanto empeño en rechazar la población que debiera dirigirse hacia sus costas, principalmente las septentrionales, bañadas por el mar de Arafura. Como la región está comprendida en la zona tropical, el clima no es de los que escogen los inmigrantes ingleses, y rara vez vienen á buscar fortuna en un país donde la temperatura media alcanza 24 grados centígrados, unos quince grados más que en la madre patria. Pero si los Anglo-Sajones, que se han apropiado el suelo por derecho de conquista, han venido en corto número á aquellas hermosas comarcas, no obstante ser fértiles y provistas de puertos excelentes; si los lugares de habitación no constituyen todavía más que villas humildes, otras gentes ávidas de terrenos que colonizar serían dichosas estableciéndose sobre aquellas nuevas tierras del mundo australiano. Chinos, Japoneses y Malayos no piden más que acudir en multitud, pero las pequeñas colonias británicas del litoral se han declarado por unanimidad contra todo ensayo de colonización con esas gentes de supuesta raza interior. Sin embargo, acabará por dominar la fuerza de las cosas, y, á pesar de las leyes dictadas por los cuerpos deliberantes de Australia, los Chinos cargan y descargan los buques en los muelles de Palmerston y roturan el terreno circundante.

Es evidente que uno de los puntos vitales para el comercio mundial está indicado en el estrecho de Torres, en el extremo oriental de esa admirable avenida cuyo extremo opuesto está guardado por Singapur. La villa de Somerset, en la punta australiana de York-Península; el mercado de Thursday Island — isla del Jueves —, en un puerto muy frecuentado por los pescadores de nácar y de holoturias, y, en fin, algunos otros grupos insulares de colonización, quizá también Port-Moresby en Nueva Guinea, tales son actualmente los únicos indicios de la Londres ó New-York futura que se espera ver surgir en ese estrecho por donde comunican los dos océanos y que termina esa maravillosa avenida de islas, de cinco á seis mil kilómetros de longitud, que comienza al Oeste por Sumatra y concluye al Este con la Papuasía. En parte alguna, sobre la redondez del

planeta, se extienden tierras más ricas y abundantes en recursos de todas clases, en cuadros más suntuosos y de mayor grandiosidad. Parece inexplicable que únicamente hayan surgido algunas villas, á la puerta triunfal del incomparable camino de los mares; es este un hecho que dentro de un siglo será difícilmente comprendido. Verdad es que los sitios próximos se han hecho peligrosísimos por los arrecifes madreporicos, sobre todo en el paso de la «Gran Barrera», pero ¿no tiene el hombre á su disposición las boyas, las balizas, los faros, la experiencia y la sagacidad de los pilotos, y, en caso necesario, los explosivos y las dragas?

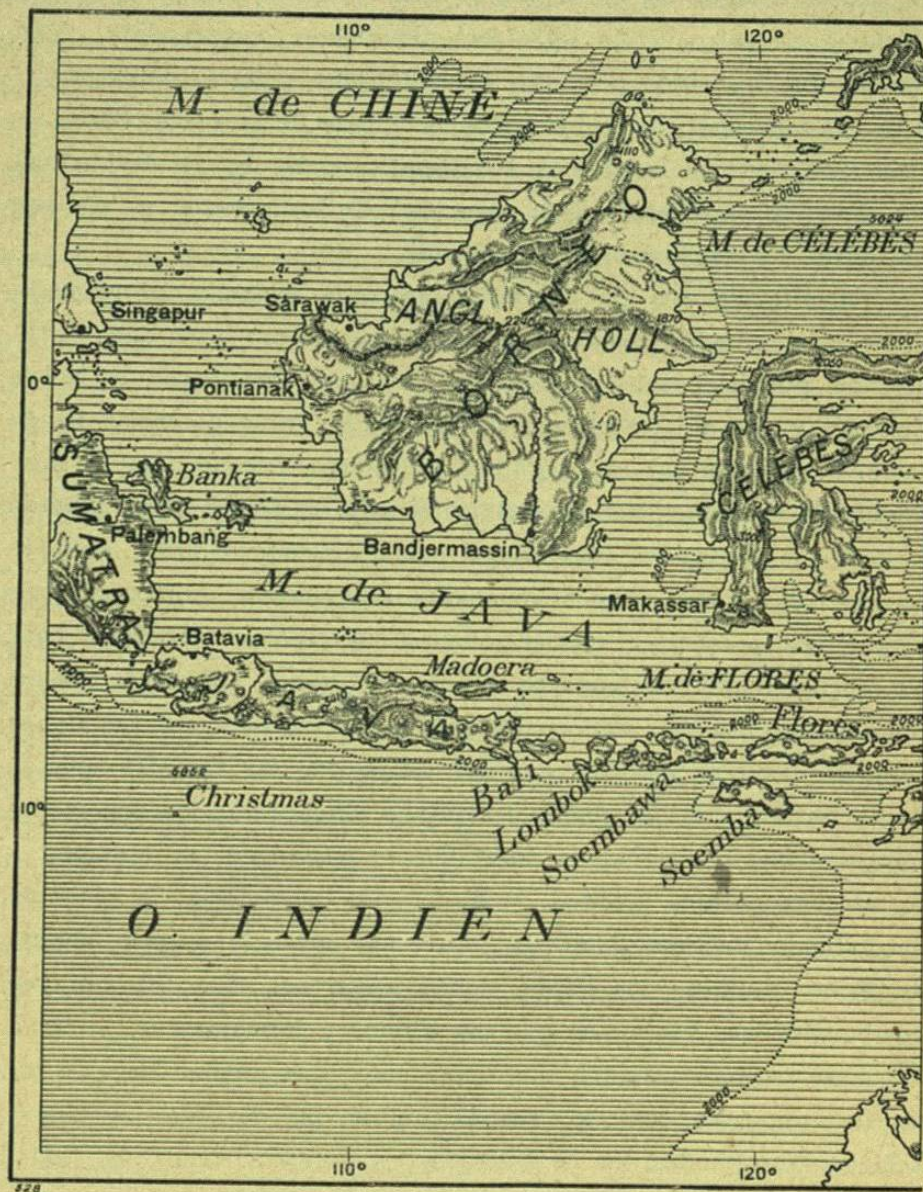
Al este de ese límite natural entre la Australia propiamente dicha y el mundo oceánico, la «Bretaña mayor» está aún representada por islas muy importantes, las que constituyen la Nueva Zelanda y por el archipiélago de las Fidji. Otras potencias tienen también su parte en esta región del Pacífico: Alemania se ha apoderado de las principales islas melanesias, y, en virtud de un acuerdo (1899), ha partido las islas Samoa con los Estados Unidos, en tanto que las islas Tonga eran abandonadas á Inglaterra; juntamente con esta última potencia, Francia gobierna las Nuevas Hébridas; hace ya mucho tiempo se apoderó Francia de Nueva Caledonia, menos para hacer obra de colonización que para establecer allí sus depósitos de destierro político y penal, hasta que las colonias australianas hicieron oír sus quejas y supieron obtener que los deportados franceses fuesen dirigidos á otros climas; finalmente, inaugurando á su vez una política mundial, la Federación australiana ha obtenido del gabinete de Saint-James la protección sobre la porción inglesa de Nueva Guinea; los Papus suministrarán una mano de obra en condiciones más ventajosas que los Chinos y Japoneses.

Esas tierras oceánicas, por importantes que puedan llegar á ser un día, son poca cosa en comparación de las dos islas de Nueva Zelanda, que pueden ser consideradas en potencia como otra Inglaterra. En superficie tienen casi la misma extensión, y su población, que no llega á la quincuagésima parte de la de las islas Británicas, constituye un personal escogido en comparación del de la madre patria. Los primeros inmigrantes ingleses en 1840 escogieron un terreno que atestiguaba ya en favor de su espíritu juicioso, porque



ese puerto, Nicholson, situado precisamente en el centro del archipiélago y dominando el estrecho mayor, nombrado en honor de

N.º 528 y 529. Indonesia

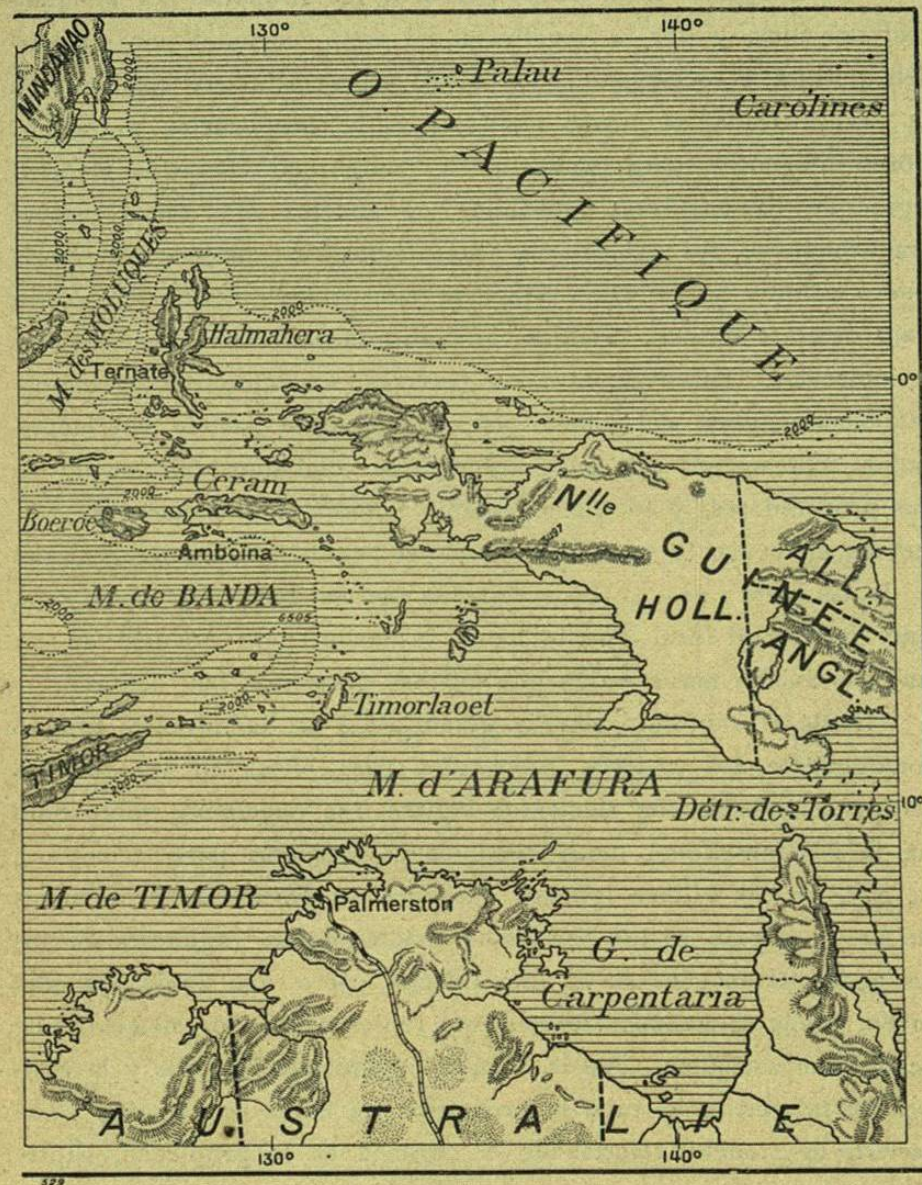


Los dos mapas 528 y 529 son continuación uno de otro y están á la misma escala.

Cook, no podía menos de llegar á ser un centro de comercio y un lugar de cita para la sociedad destinada á establecerse en aquellos

sitios: sobre aquella bahía se edificó Wellington, capital de las dos islas, excedida en población por Auckland.

de Singapur á Torres.



1: 20 000 000

0 250 500 1000 Kil.

Ante todo, los directores de la inmigración neo-zelandesa quisieron, como se había tratado de hacer en Australia, fundar una